

VIDA POLITICA

AYER, ANTE LA TUMBA DE FRANCO

MISA DE LOS COMBATIENTES, CON ASISTENCIA DE DOÑA CARMEN POLO, EN EL VALLE DE LOS CAIDOS

Valle de los Caidos, 20. (De nuestro enviado especial.) Hoy, al cumplirse el cuarto mes del fallecimiento de Su Excelencia el Jefe del Estado, Generalísimo Franco, la II Asamblea de la Confederación Nacional de Combatientes, que se reúne en Madrid, rindió piadoso homenaje en este monumental recinto religioso a la memoria del Caudillo y en sufragio también de cuantos aquí reposan.

Asistieron, además de los miembros de dicha Asamblea, numerosas personas de uno y otro sexo, que se congregaron en el interior y el exterior de la Basílica de la Santa Cruz. A las doce y media habían visitado la tumba de Franco doscientos italianos, que depositaron una corona y oyeron una misa celebrada por el padre Venancio Marcos.

«FRANCO, FRANCO, FRANCO!»—Pocos minutos antes de la una de la tarde esperaban en la escalinata a doña Carmen Polo y Martínez-Valdés, viuda del Generalísimo y titular del Señorío de Meirás, la Mesa de la Confederación y los presidentes de las Hermandades, con sus esposas. Se hallaban, así mismo, presentes el presidente del Consejo de Estado y ex ministro, don Antonio María de Oriol; los también ex ministros don Raimundo Fernández-Cuesta, almirante Nieto Antúnez, don Gonzalo Fernández de la Mora, don Enrique García Ramal y don Julio Rodríguez Martínez, el coronel Sánchez Alcaide, don Policarpo Mestres, las primeras autoridades provinciales y municipales madrileñas y antiguos componentes de las Casas Civil y Militar del Caudillo.

Con doña Carmen, a quien acompañaba en el automóvil la señora de Girón, llegaron en la comitiva el jefe de la Casa Real, general marqués de Mondéjar; el de la Secretaría del Rey, general marqués de Santa Cruz de Rivadulla; el intendente general de Su Majestad, general Fuertes de Villavicencio; el secretario general de esta Intendencia, don Ricardo Catoira. El público aplaudió a doña Carmen Polo y gritó muchas veces: «¡Franco, Franco, Franco!»

CORONAS DE FLORES.—Precedida de los combatientes, que llevaban los guiones de las Hermandades y del Movimiento Nacional y un banderín con los colores de España, escoltada por hombres con boinas rojas de los viejos tercios del Requeté, y otros con camisas azules, de las viejas banderas de Falange, y también por jefes militares de la Cruzada de Liberación, penetró doña Carmen en el sagrado recinto, a cuya puerta la cumplimentó el capellán benedictino de la basílica.

Don José Antonio Girón, el teniente general Iniesta, don Juan García Carrés y otras personalidades recibieron a la ilustre dama cerca de la sepultura de José Antonio Primo de Rivera. En esa sepultura fue depositada una corona por caballeros laureados, caballeros en posesión de la medalla militar individual y el propio señor Girón.

MOMENTOS DE EMOCION.— Dichos caballeros colocaron luego otra corona sobre la sencilla lápida que cubre la fosa del Generalísimo y que aparecía cubierta, como todos los días, con innumerables flores. Había cintas de coronas con los colores nacionales y con los colores de banderas extranjeras.

Doña Carmen se detuvo ante el sepulcro de su esposo. Fueron unos momentos de

gran emoción. La viuda del Caudillo y la señora de Girón se situaron, muy próximas a la sepultura de Franco, ante unos reclinatorios. Junto a ellas, de guardia, cuatro combatientes con distintos guiones.

Ofició una misa rezada el obispo de Meitre (Brasil), monseñor Amadeo González, religioso mercedario, capellán de la Confederación Nacional de Combatientes. Su homilía tuvo patrióticos acentos. Exaltó la figura humana y españolísima del Caudillo, su ferviente catolicismo, su inmenso amor a España... y glosó su último mensaje, en el que se despedía conmovedoramente, con un abrazo, de todos los españoles.

Doña Carmen, después de comulgar, estuvo muy largo rato orando de rodillas y con la cabeza inclinada. Al abandonar la basílica, cerca ya de las dos de la tarde, recibió nuevos aplausos y estrechó las manos de gran cantidad de personas que se acercaron a saludarla. El doctor Vicente Gil, médico de cabecera del Caudillo, hombre fidelísimo a Franco; acompañó hasta el coche a la señora de Meirás.

Ya se había alejado la comitiva hacia Madrid cuando un grupo de combatientes entonó una canción de las trincheras. Todo transcurrió en orden, con alto sentido cívico y con una incontenible emoción en el recuerdo de Francisco Franco.— José BARO QUESADA.

MISA EN CUENCA

Cuenca, 20. (Cifra.) «Si este tipo de poder personal logró tantos decenios de identificación con su pueblo fue por dos razones: porque era un poder que quería subordinarse a la ley de Dios y porque, además, había logrado la confianza de su pueblo», dijo el obispo de Cuenca, monseñor Guerra Campos, en la homilía que pronunció durante la misa celebrada en la iglesia parroquial de San Esteban por el eterno descanso del Caudillo Francisco Franco, a la que asistió su viuda, doña Carmen Polo de Meirás, y encargada por la lugartenencia provincial de la Guardia de Franco.